

La Muerte y el Objeto

Javier García ¹

1- Introducción

El concepto de objeto en Freud remite, por un lado, a aquello hacia donde se dirige la pulsión, el deseo y el amor. Con este último se abre la posibilidad de elección de objetos. A la vez, remite también, a algo con lo que el yo se pueda identificar. Objeto de la pulsión, objeto del deseo, objeto del amor, elección de objeto y objeto con el cual identificarse, no son superponibles como conceptos, sino, por el contrario, metapsicológicamente diferenciables. Sin embargo, todos ellos se encuentran necesariamente intrincados, cuando en relación con un sujeto nos referimos a un objeto.

Las características mencionadas no están definiendo al objeto por cualidades más allá del sujeto y sensibles. La percepción, por sí sola, no permite la toma de conciencia del objeto sino que ésta requiere de una movilización interna del psiquismo (Green, 1996. p.29). La percepción misma es hoy en día entendida como una construcción.

Aquello que del objeto es independiente del sujeto, fue tenido en cuenta por Freud en su conceptualización de "la cosa" (das ding), la cosa del mundo, que en su esencia misma no accede al conocimiento. Lo que disponemos del objeto son representacio-

1. Miembro Titular de la APU. Bvard. J. G. Artigas 2654. Montevideo, 11600. E-Mail: gp@adinet.com.uy

nes. En tanto psíquicas, son metapsicológicamente conceptualizadas como representación-objeto: representaciones preconscientes o conscientes resultado de la representación-cosa inconsciente y la representación-palabra preconsciente-consciente. En 1925 (p.255)² Freud escribió de la necesidad de un juicio que establezca si una representación-objeto tiene su realidad de cosa (ding) en el mundo. Esta realidad fuera del sujeto no es fácilmente definible. Inevitablemente se trata de una materialidad, una existencia, más allá del sujeto, es decir, del mundo. Pero en ella, en el psicoanálisis actual, no podemos dejar fuera la pulsión y el deseo del otro que constituye ese objeto y que en última instancia es incognoscible para el sujeto. Esto nos lleva no a la cosa ("das ding") sino al concepto de "lo real" en J. Lacan.

Ahora podemos decir, entonces, que se requieren de dos anclajes para que la representación-objeto tenga un carácter metafórico simbólicamente efectivo: con la **representación-cosa** inconsciente y con **lo real** a lo que todo objeto del mundo en última instancia remite.

En la singularidad de cada sujeto el objeto es a la vez algo que existe y se construye³. Estos constructos de los cuales disponemos, tienen un carácter metafórico-simbólico, que es el que nos permite operar en el mundo. La efectividad de la práctica psicoanalítica depende de este carácter de las representaciones-objeto.

La concepción freudiana del deseo sitúa a la pérdida de objeto como causa. La pérdida del objeto de la experiencia primaria de satisfacción genera un anhelo de reencuentro. El infans, desvalido y dependiente del otro, experimenta la presencia y la ausencia del objeto-pecho, en una diferencia radical. En su presencia se es todo, posición narcisista de goce. En su ausencia, por el contrario, se es nada y desde esta falta surge el movimiento alucinatorio del deseo (Braunstein 1983). El fracaso de la aluci-

2. Dice allí que una decisión de la función del juicio recae sobre la existencia real de una cosa del mundo representada.

3. Winnicott, Green

nación reenviará al otro desde representaciones del objeto que ya constituyen una cierta construcción. La presencia no ritmada del objeto-pecho, ese todo narcisista de goce, como el encuentro especular de Narciso sin límites, nos envía al concepto de Thanatos en psicoanálisis. La ausencia, causa del deseo, del sujeto y de la actividad de representación, nos envía al de Eros. Es en este sentido que A. Green le adjudica a Eros una "*función objetalizante*" y a Thanatos "*des-objetalizante*" (Green 1996 p.40).

La muerte a la que nos referiremos en este trabajo no tiene nada que ver con el concepto psicoanalítico de "pulsión de muerte". Nos referiremos a la muerte real que, como experiencia subjetiva, siempre es de otro. Nos referiremos también a la muerte hablada (Mannoni 1989), la que se dispone en los relatos, en la cultura.

La muerte (real) nos permite trabajar las diferentes dimensiones del objeto, siguiendo las categorías lo real, lo simbólico, lo imaginario (Lacan 1953), al desgarrar su montaje por la pérdida (en lo) real.

La imagen del objeto cobra especial relieve luego de la muerte, al punto de creerlo ver en sus lugares habituales o en alguien que no se distingue bien, por su lejanía, por ser visto de atrás o en penumbras. Las imágenes de los recuerdos invaden y cobran una intensidad especial. La fuerza de todas estas imágenes parece necesaria para oponerse al dolor por la pérdida real y luego por un temor al olvido, que angustia, mueve a ver fotos y a ponerse en contacto con objetos del ser querido muerto.

Hay algo inexplicable en la muerte, a diferencia de pérdidas por separaciones⁴, y es que el objeto querido no está, no va a estar nunca más y no está en ningún lugar ubicable. Si se lo busca en la tumba, desenterrándolo y llevandoselo consigo, estaríamos en la psicosis. El cadáver no es lo real del objeto querido, es su resto. El encuentro con estos restos reales es siniestro. Encuentro sin mediación, sin arraigo en algo que, por su organización y cua-

4. Aún en el caso que éstas impliquen también la muerte de un vínculo.

lidad, sea tramitable en recuerdos, imágenes, pensamientos y relatos.

En cambio, los restos en la tumba, en relación con la lápida que lleva su nombre y fechas, son un testimonio simbólico. Para construirse requiere, tanto de los restos como de la lápida. Algo real debe estar allí para que el grabado tenga efectividad simbólica. Cuando esto no es así tenemos, por ejemplo, o bien la situación de los desaparecidos cuyos restos no son reconocidos y enterrados, o bien la de los monumentos socialmente establecidos que, aunque habitualmente sin restos, disponen de la fuerza simbólica de la inscripción social⁵.

La desarticulación entre la imagen, lo real del objeto y su disponibilidad simbólica, nos introduce en zona de la psicosis, tanto en un racionalismo mórbido pseudosimbólico, lenguaje desarraigado de la cosa, en la imagen alucinatoria tomada por real o en la necesidad del resto real como (si fuera el) objeto ⁶. Pero todo duelo, en su inicio al menos, puede transitar algo loco, emparentado con la psicosis por la desarticulación que produce la pérdida real.

El Yo y la Ausencia

El yo, consustancialmente, se opone a la ausencia. Consustancial en tanto le es inherente a su estructura, su "imago" de origen en la identificación especular anticipada tanto al dominio y

5. *El encuentro con la tumba, el encuentro con una urna con restos, que no se ven pero que están ahí con su propio peso, puede generar efectivamente tristeza, añoranza y una fuerte actividad del recordar. En cambio, el encuentro directo con los restos quizás sea más intenso aún como productor de efectos, pero de horror: rechazo e intensas vivencias corporales de retiro, asco, náuseas, desmayo, etc.*

6. *La permanencia excesiva de imágenes y reminiscencias angustiosas, las identificaciones imaginarias parciales, en un contexto edípico culposo, nos sitúa en zona de las neurosis. Aquí la articulación de estas tres dimensiones del objeto está presente, pero el testimonio y la efectividad simbólica están a medio camino, detenidos por el conflicto psíquico.*

representación del cuerpo propio como a la dialéctica de intercambio con los otros y al lenguaje. Anticipación y alineación en esa identificación constitutiva sobre la cual los funcionamientos simbólicos tratarán de establecer nexos efectivos con el mundo. Pero cuando algo real cesa en él, se ahueca y libera esos nexos como instrumentos que se mueven tontos y desesperados en el aire, las "imagos" constitutivas "toman la posta", resurgiendo desde sus bases. Los fantasmas, la alucinación, son testimonios de ese funcionamiento y sostienen el psiquismo frente a la nada real que impone la muerte del objeto, eso imposible para todo sujeto. No podríamos hablar entonces de una defensa frente a algo intolerable por la razón que fuere. Es que allí, en esas "imagos" sustento de fantasmas y alucinaciones, se encuentran las matrices simbólicas de la estructura del sujeto que, paradójicamente, instrumenta y aliena a la vez. Es el sujeto mismo el que está en juego; su sobrevivencia, lo que nunca es independiente del otro como objeto de amor. La muerte real del objeto de amor pone en evidencia la dependencia y endeblez de lo humano.

Si el objeto de amor no encerrara íntimamente la imagen homomórfica de una identificación básica para la existencia del yo, su transformación perceptiva en cadáver, con lo que implica de falta de movimiento, gesto, calor, color, mirada y, como resto: fragmentación, no provocaría el horror que los neuróticos evitamos organizándolo en rituales y otros recursos simbólicos. Pero antes de ello -y para que ello sea posible- nos requiere hacerlo en imágenes que recompongan, de alguna manera, la estructura de nuestras imagos humanas básicas. Es en la psicosis donde se pone en clara evidencia la posibilidad de desarticulación-fragmentación de estas imagos y sus matrices organizadoras.

Frente a la alucinación del ser querido muerto podríamos quedarnos en el campo descriptivo de la percepción a secas, es decir, zona de la psicología y la neuropsicología. Introducir la dimensión psicoanalítica nos requiere otras consideraciones. Una de ellas, aquí fundamental, es que las imágenes no sólo son un hecho perceptivo, incluso con la complejidad que éste tiene en una concepción psicoanalítica. La imagen es una forma capaz de

provocar formas, con especial función en la formación del yo, como matriz simbólica donde el yo se precipita (Lacan 1949). Pero si de toda imagen pudiéramos encontrar esta función morfo genética, especialmente lo pensamos en relación a lo que nos dan nuestros objetos de amor. Allí se pone en juego ese gran ligador que es la libido en esa forma que clásicamente conocemos como narcisismo. Es allí donde se juega una relación erótica (amor-odio) en la que el sujeto se enajena fijándose en una imagen exterior que lo pasa a constituir íntimamente y pasionalmente como yo. Pensar que el ejemplo paradigmático de la experiencia de muerte de un ser querido está en la muerte de los padres y especialmente de un hijo, es porque allí se encuentra concentrada la esencia del ser en su pasión e identificación narcisista. El dolor como vivencia de pérdida es reflejo de lo involucrado que está allí el narcisismo constitutivo del yo y todo lo que él implica de vivencia corporal. Un nivel donde lo psíquico y lo corporal se confunden, pues involucra a la imagen y vivencia del cuerpo propio, es decir, esa apropiación que corresponde a la identificación narcisista de la fase del espejo.

2- La presencia seudo alucinatoria

El muerto desconcierta al funcionamiento del psiquismo por no ser ubicable en ningún lugar y al mismo tiempo impacta con la afectación humana más cruda: el dolor. Es la pérdida real la que genera estos dos tremendos efectos: el dolor desgarrante de la pérdida en lo real⁷ y el desamarre de lo imaginario y lo simbólico que engarzaban con lo real del objeto perdido. El dolor convoca a todos los recursos psíquicos posibles y la desarticulación de las imágenes y los pensamientos de la presencia real del objeto jaquea la "prueba de realidad" en juego en la constitución de ese objeto así como en los mecanismos de defensa frente al dolor. Por mo-

7. Con lo que ella implica a la economía libidinal-narcisista.

mentos las vivencias del deudo se emparentan con la psicosis, sin serlo estructuralmente.

(A) La paciente "A" está desde hace muchos meses en duelo por la muerte de un tío que cumplió para ella y su familia funciones de respaldo importantes. Lo que sigue es un momento especialmente fino en su capacidad de descripción de un fenómeno seudo alucinatorio visual.

"Veó a alguien... y que, así de golpe de vista, te parece... Como si te olvidaras y no pensaras y lo vieras. No razonaste que está muerto y no es. No puede ser. Como que te lo creíste. Y pienso: me confundí, lo vi, lo soñé o vi una foto. Con "X" (tío) me pasó pila de veces ya. Hace poco iba caminando por casa y vi una persona. Sí, tenía algo parecido, pelado... Cuando me di cuenta que no es... Pero lo más raro es cuando creíste que era y no podía ser. Y no es un parecido general. No. Es algo... No sé que es. Tiene algo. Un gesto. ¿Viste que a veces unís dos imágenes por un rasgo, por una cosa y después te quedan unidos y siempre te siguen evocando? Esa cosa común, que siempre es algo que está y que hasta se podría medir... que es... a veces un olor o un gesto... Es un "flash". Te sorprende ese segundo que te parece que era..."

Me detendré aquí en la confusión: momento donde la imagen perceptiva se confunde con la representación, en un instante ("flash") de pérdida de la prueba de realidad.

Esta confusión con la imagen del tío muerto no es por un parecido general. Se trata de un rasgo, un gesto, una cosa, algo que está, que se podría medir. Característica que parece repetirse en estas situaciones de confusión de tipo seudo-alucinatoria y que nos recuerda aquello que Freud dijo en "Moisés..." (Freud 1939 p.125) de que *"el delirio psiquiátrico contiene un grano de verdad, y que el convencimiento del enfermo desborda desde esa verdad hacia su envoltura delirante"*. Un rasgo del otro disponible como huella especialmente investida es lo que produce el efecto de presencia, en oposición a su ausencia, en este caso del tío.

La paciente destaca también su materialidad, su carácter de

"cosa" que "hasta se podría medir". De eso se tratan los rasgos, las huellas, evocadores de lo que Freud describió como "representación-cosa", esta misma con el carácter de "cosa", pero también de la concepción de Lacan del significante en psicoanálisis. Una materialidad capaz de crear imagen, unir imágenes y que permite hacer relato.

Las representaciones-objeto de las que hablaba Freud, con las que pensamos, organizamos el mundo y nos organizamos desde los otros, requieren su prueba de articulación efectiva, simbólica, con el referente del mundo. Frente a la pérdida de éste en la muerte⁸, el deseo inviste pulsionalmente las huellas e intenta recrear el objeto perdido, alucinatoriamente, en identidad perceptiva. En este punto no hay diferencia entre representación y presentación, la huella aparece como percepción⁹.

(B) La paciente "B" vive un duelo por un hijo-bebé muerto hace más de un año y se refiere a su necesidad de mantener el cuarto y sus objetos incambiados: *"El cuarto es muy íntimo. No me gusta que entre la empleada a limpiar ni a ventilar. No quiero que toque nada. (...) Cuando entro... yo necesito sentir el olor (angustia)...; ¡el dolor que siento porque está desapareciendo! Cierro todo, hasta las persianas. Me calma cuando abro el placard, huelo la ropita. Está todo ahí, guardado, ordenado. La ropita doblada (...). Yo sé que... es estar siempre cerca..."* "X" me dice que eso me hace sufrir más... pero yo siento que me calma. No es que me calme. No tengo consuelo nunca (llora)... Por más triste que sea... cuando estoy ahí, sola, en el cuarto... y ordeno y

8. De la misma forma que fue descrito para la realización alucinatoria del deseo frente a la falta del objeto de la experiencia primaria de satisfacción.

9. Cuando decimos pérdida en lo real, como fue dicho al comienzo, no estamos diciendo solo que el referente de las representaciones de objeto ya no está, lo que también es cierto. Tampoco nos referimos solamente a la "cosa en sí misma" ("das ding" freudiano). Lo real perdido implica la pulsión del objeto (como sujeto), lo que significamos para él, cómo nos disponía en su interior, sus recuerdos, su amor-odio hacia nosotros y en qué medida fuimos causa de su deseo. Todo esto hace al lado real de pérdida.

toco... es menos dolor (...) No podría desarmar el cuarto, sería horrible para mí... Yo entiendo todo lo que me dicen, pero no puedo, no quiero, ¡Me pongo echa una fiera! ¡No me entienden! ... "

El dolor, la herida, la violencia materna defendiendo a su bebé frente a la efectividad de la pérdida, comandan la vida psíquica de "B". Entenderla pasa por reconocer que le resulta intolerable el dolor de la pérdida. La presencia en huellas olfativas y visuales de los objetos del bebé conservados en el mismo lugar, le calma el dolor, mientras que su desaparición lo aumenta. Es un punto loco, si se quiere, pues aun en presencia del olor su bebé no está. Ella sabe eso, "pero aún así" la calma. El montaje del cuarto sostiene un fantasma que desde el deseo de "B" por su hijo ocupa el lugar que ha dejado su pérdida real. Ese vacío es intolerable; humanamente intolerable; y la locura de inicio de duelo, ineludible. El fantasma restituye huellas al ámbito perceptivo para sostener lo que nos habita del objeto aun en su pérdida. Inevitablemente su permanencia habita al yo como un objeto muerto-vivo, sombra, mientras el entorno vivo de otros objetos de amor, a sus veces amantes, deseantes, en ejercicio vital de su rivalidad con el muerto, prometen ir rescatando el funcionamiento de Eros.

Socialmente los rituales que rodean a la muerte no son todos dedicados al muerto sino también a los deudos o, si se quiere, a los sobrevivientes. Y una función que podemos leer en ellos es la de un "llamamiento destinado a movilizar a todo lo viviente contra la intrusión de la muerte" (Thomas 1991 p.118). Si esta formulación tiene un sesgo más sociológico que psicoanalítico, será necesario que consideremos en este llamamiento a la vida la importancia del deseo de los otros respecto al deudo (y viceversa).

3- La Presencia en la Identificación

(C) El paciente "C" perdió a un hijo de 10 años, en un accidente de tránsito en el que él manejaba. Es él quién lo recoge en brazos y traslada. Mucho más adelante dirá que espantado por la

flacidez del hijo le da forma con su cuerpo. En fin... hay muchos otros elementos terribles allí. "C" consulta porque cruzando la calle pierde sus fuerzas y se desmorona, sin perder el conocimiento. "Me ablando todo" dice, pero está muy lejos de relacionar ambas situaciones. La pérdida de fuerzas imprevista, en identificación con aquella imagen del hijo flácido, le disminuye el dolor de la pérdida real, del recordar y de la culpa. Era el momento previo a dejarlo, a separarse, mientras él mismo le daba forma, como si hubiera podido y debido seguirle dando forma siempre, algo que él también busca en mí. Por identificación esa imagen ha tomado cuerpo en su yo, se ha apoderado de él y en esa zona lo comanda. Podremos pensarlo con el concepto de "objeto muerto-vivo" (Baranger 1980) que veremos seguidamente.

4- La Presencia-Representación en el Sueño

(D) La paciente "D" -45 años- está a algunos meses de la muerte de su madre: *"Soñé... ¡una pesadilla! Yo tenía un bebe en brazos... Tenía como una tela, una mantita blanca sobre la cabeza... Y era horrible porque lo miraba y era mi mamá.*

Cuado la vi... muerta... la habían preparado y tenía esa tela blanca en la cabeza, como envuelta y chiquitita. Y esos algodones, ¡horrible!, tapándole los agujeros de la nariz. En el sueño era esa imagen... mamá muerta... como la vi."

Uno de los lugares donde es posible el encuentro con un muerto es el sueño. En él las representaciones objeto-muerto están sometidas al proceso primario y al trabajo del sueño. En este caso las representaciones objeto-madre muerta se juntan con los bebés no tenidos -muertos-. Podemos constatar representaciones vinculadas a la madre, a los hijos no tenidos y a la sexualidad "taponeada" de ella y de la madre que apareció en asociaciones posteriores. No obstante, la imagen del rostro de la madre muerta tiene cercanías con el concepto de "objeto muerto-vivo" (Baranger 1980). No se trata en este caso de una representación disponible a los efectos del recordar y el pensar, sino que "el objeto que murió

en el mundo externo sigue viviendo, como si no hubiera muerto, en el mundo del sujeto" (Baranger 1980). Baranger sigue aquí a Freud cuando sostiene que en el duelo el objeto perdido perdura existiendo en la vida psíquica, como en el caso "C" (Freud 1917). Esta existencia depende de lo que se ha llamado "trabajo de duelo". La imposibilidad de este trabajo especial hace permanecer al muerto vivo en la vida psíquica del deudo ¹⁰.

El "*arbeit*" del duelo implica en su realización distintos momentos de ese objeto muerto-vivo interno descrito. Sobre el final del duelo (tercer período para W.B.), el muerto aparece, como en el caso "D", en el contenido manifiesto del sueño como tal: muerto. Este desarrollo teórico lo lleva a sostener como conclusión que "el status metapsicológico del objeto descrito por Freud en *Duelo y melancolía* y por Klein en sus artículos correspondientes no es el de una representación, sino un status semejante al de las instancias psíquicas (yo y superyó), un status de casi-persona" (Freud 1917 p.316). Tiene como característica su actualidad. Es decir, no se sitúa en el pasado histórico sino como presencia "personificada" en el yo instancia.

Este objeto descrito, en mi opinión, reúne las características de un "fantasma" (en principio le asigno un sentido literal) tanto aparezca como identificación o como seudo percepción.

El trabajo del duelo consiste precisamente en la progresiva transformación de este objeto muerto-vivo en una representación (recuerdo, relato).

5- Finalmente

Lo común en los ejemplos referidos es el fenómeno de la presencia. En todos ellos nos encontramos frente a una presencia

10. André Green (1996 pp. 40-1) habla del "duelo interminable" característico de estructuras no neuróticas y dice que en estos casos se tiene la impresión de estar "frente a una auténtica alineación en un objeto interno que se habría apoderado en cierto modo de la identidad del sujeto". Habla entonces de "posesión por un objeto" que tiende a destruir al sujeto (sujeto pulsional).

del ser querido muerto, tanto por creer percibirlo en el mundo, verlo venir desde otro o conservarlo en sus olores y objetos, como en su presencia que habita al yo en armados manifiestos del sueño y en identificaciones-síntomas. La presencia habla de la persistencia, como un fantasma, de un objeto que, por su pérdida real, ha dejado a sus otros componentes (imaginarios y simbólicos) desamarrados pero vigentes. El referente del mundo ha desaparecido. Más precisamente, lo que tenía de real el objeto, en tanto pulsional y deseante y, también, en tanto fuera de lugar (ex - sistere), imposible de ser captado, fuera de representación y de discurso. Mantenemos con él una relación como la descrita por Freud con el "ombbligo del sueño".

En el lugar de esta pérdida real, los otros componentes del objeto se arman como fantasma. Me refiero a "fantasma" en su sentido coloquial, si se quiere literario: una presencia ilusoria. Pero ¿acaso en su dimensión psicoanalítica un fantasma no es algo que se arma desde el deseo inconsciente en el lugar de una pérdida real?¹¹

Frente a ese agujero real la respuesta humana es el dolor. Como el primer grito del *infans* al nacer, el dolor está más cercano a la señal natural que al signo. Mantiene una relación de contigüidad con la herida física o afectiva. Los sobrevivientes responden: a) descreyendo la pérdida real al menos en "flashes" que sostienen de alguna forma su presencia y b) con ritos que tienden a organizar el dolor. Es decir, ritualizar el dolor como forma de encarnarlo organizadamente, reglamentada y codificadamente, en lo psíquico y en lo social. Las historias de una muerte que comienzan a contarse repetidamente casi como los cuentos que nos requieren noche tras noche los niños, empiezan a hacer de esa muerte real algo narrable. Relatos necesarios para la vida, pero que no recubren totalmente ni sustituyen la pérdida.

A partir de esa falta en lo real se desencadena, si es posible, esta actividad imaginaria y simbólica comandada por Eros que se

11. ¿No es también el movimiento que comienza a armarse con la realización alucinatoria de deseo frente a la ausencia del objeto de la experiencia primaria de satisfacción?

ha llamado "trabajo de duelo". Si de él quisiéramos pensar que llega a buen fin cuando hay una restitución y una sustitución acabada, seguramente estaríamos armando otra creencia que intenta anular la pérdida.

"La transitoriedad" (Freud, 1916), esa joya literaria y psicoanalítica, que constituye un canto por la vida en medio de la guerra y en contra de una vivencia melancólica de hastío del mundo, tiene sin embargo, una atmósfera especialmente optimista respecto a la pérdida. El gran aporte freudiano allí es que no aceptar la muerte, lo transitorio, hace imposible vivir. La pérdida, a pesar y quizás como consecuencia de su dolor, puede desencadenar, en la medida de lo singularmente posible, el anhelo de vivir y la capacidad productiva y creativa del hombre. Pero ello no la anula. Ningún objeto de amor-odio perdido se puede sustituir sin resto. Ella misma es dolor. Freud se pregunta allí porqué a la libido (del yo; amor) le cuesta tanto desasirse de sus objetos, aun cuando ya tenga ahí sus sustitutos. Sitúa en esa pregunta el enigma del duelo. Como podemos ver el problema queda intrapsíquicamente ubicado, como una vicisitud de la libido. Inevitablemente deja fuera aquello del objeto que está más allá del sujeto. *El objeto no solo es un lugar de investidura e identificación sino, muy especialmente, un sujeto de sexualidad del cual dependemos en gran medida de su deseo y su amor.* Este aspecto del objeto que enfatizo es totalmente extraterritorial al sujeto y se constituye en lo real perdido insustituible ¹².

Destacar lo insustituible de la pérdida real no devalúa los aportes que el psicoanálisis ha realizado y que trabajamos productivamente en nuestra práctica: ambivalencia hacia el objeto, clivajes, ansiedades y culpas persecutorias, culpa edípica, defen-

12. *El deseo, lo real del deseo en juego, no permite una sustitución tal. Un símbolo puede llegar a una sustitución. Podemos perder una pieza de un juego de ajedrez y sustituirla por cualquier objeto que pase a cumplir su misma función. Pero cuando la pérdida es en lo real de la pulsión del otro, cuanto más intenso sea este compromiso, eso no tiene sustitución posible.*

sas maníacas, etc. Tampoco las que se agregan en los pacientes con profundos trastornos identificatorios y de la simbolización, en quienes es muy limitada la capacidad de elaboración de pérdidas. El énfasis señalado me lleva a puntualizar:

- A) Implica en primer lugar un reconocimiento del analista al paciente como sujeto. El reconocimiento del otro como sujeto de deseo es éticamente central en todo análisis¹³. Enfrentados a la pérdida, este reconocimiento al igual que el que realizan muchos ritos, favorece que esa pérdida real entre a jugarse simbólicamente como falta, a partir de la cual se pueda hablar y callar encarnadamente sobre esa muerte. La teoría psicoanalítica dice poco sobre esto que es tan habitual en nuestra práctica.
- B) En segundo lugar nos permite entender los frecuentes fenómenos de desmentida de la ausencia, generalmente parcial y momentánea, pero muchas veces fuertes y sostenidos, seudo alucinatorios, identificatorios, oníricos, y otras formas que pueda adquirir el fantasma del objeto muerto.
- C) En tercer lugar podemos pensar que la desmentida va disminuyendo y los fantasmas desconstruyéndose en la medida que se construyen relatos vivos sobre esa muerte. Estos implican que la pérdida habite el mundo simbólico del sujeto en experiencias de dolor psíquico desde las cuales se arman esos relatos. Se trata del pasaje de la experiencia de la muerte real a la muerte encarnadamente hablada.
- D) En cuarto lugar reconocer que, aunque esta actividad simbólica pueda realizarse, la pérdida real deja siempre un resto, como una herida que asecha desde lo no pensable, cuyas dimensiones no son normatizables.

Por esta razón he puesto el acento en los movimientos psíquicos que siguen a esa pérdida real, que tienden a recrearla alucinatoriamente, como fantasma o como identificación. Movi-

13. Esto requiere de parte del analista disposición a desconstruir, en la medida de lo posible, sus ideologías culturales pero también psicoanalíticas, a los efectos de dar lugar al sujeto del inconsciente.

mientos que nos recuerdan los que se producen frente a la pérdida del objeto de la experiencia primaria de satisfacción. Suponemos en el origen del sujeto psíquico una experiencia también de dolor, en condiciones donde los objetos para ese sujeto eran aún solo potencialidades, lo que hace la diferencia frente a la muerte de un ser querido.

El dolor es el punto de partida del duelo y una apelación a todos los recursos simbólicos, eso que caracteriza a lo humano. Los recursos de cada uno enfrentados al duelo, pero también todos los recursos simbólicos de la cultura disponibles en los rituales de duelo^{14 15}.

La muerte misma es inaccesible. Ella es tan real que nos resulta irreal, precisamente nada, puro silencio, falta. Pero verdaderamente no hay palabra posible para decirla¹⁶. No obstante, enfrentados a ella, grito, dolor, sueños, fantasmas, tristeza, violencia, recuerdos, creencias, rituales, chistes, poemas, construcciones filosóficas, religiosas y también psicoanalíticas, siguen proveyendo recursos necesarios, afectivo-discursivos. Esa muerte posible para nuestras mentes: la muerte encarnadamente hablada.

14. J "¿Qué son los ritos funerarios? Los ritos por los cuales nosotros satisfacemos eso que se llama la memoria del muerto, qué es sino la intervención total, masiva, desde el infierno hasta el cielo de todo el juego simbólico" (Lacan, 1959).

15. El pragmatismo cultural actual ha disminuido a su mínima expresión emocional estos rituales, conservando ciertas formalidades despojadas. Los alrededores de la muerte: emergencias móviles, cuidados intensivos, casas velatorias, etc., han sufrido una asepsia de las emociones que ella provoca.

La muerte limpia, blanca, lejana, instrumental. Una imagen muerta de la muerte, su reflejo, en lugar de la vivencia viva de la muerte, de la pérdida de otro, de la amenaza de la vida propia. Pero no deja de ser otro armado de creencia, en la descreencia, en una asepsia afectiva, como un exorcismo del dolor.

16. El Otro, dice J. Lacan ("El deseo y su interpretación", sesión citada), queda impotente frente a ese significante faltante. En el lugar de ese significante faltante -sigue diciendo J. Lacan- "vienen, como en la psicosis -y es porque el duelo se emparenta con la psicosis- a pulular en su lugar todas las imágenes por las cuales aparecen los fenómenos del duelo, (...) el fantasma, esta imagen que puede sorprender el alma de todos y cada uno".

Resumen

La Muerte y el Objeto

Javier García

El autor hace un recorrido sobre las nociones de objeto en Freud (pulsión, deseo, amor, elección, identificación), agregando los conceptos de Otro y "lo real" de J. Lacan. El objeto es definido a la vez como algo que existe y se construye.

El concepto de Muerte al que se refiere en este texto no se corresponde con el de Pulsión de Muerte, sino que se refiere a la muerte real que, como experiencia subjetiva, siempre es de otro. La referencia es también a la muerte hablada, disponible en los relatos y en la cultura en general.

La Muerte Real le permite al autor diferenciar la muerte según los registros Imaginario-Simbólico-Real de J. Lacan. Destaca la importancia de la imagen del objeto tras la muerte real, para soportar la angustia y el dolor por la pérdida (del otro y en el otro). El muerto no está en ningún lugar (fuera de lugar o en "lo real"), lo ubicable son sus restos. Se requieren de estos restos - habitualmente- para que algún elemento (lápida, memorial, monumento, rasgo identificatorio u otros) pueda ocupar un lugar simbólico (escritura, signo, relatos).

La desarticulación entre la imagen, lo real y lo simbólico nos conduce a la psicosis. Pero todo duelo, al menos en los inicios de él, transita por algo "loco", emparentado con la psicosis, sin serlo.

En el texto se ejemplifican con algunas viñetas estos fenómenos de desmentida de la ausencia (pseudo-psicóticos: pseudo-alucinatorios y confusos) así como identificatorios, todos ellos para mitigar el dolor-ansia de la ausencia en lo real.

El autor destaca también que la pérdida real no es sustituible y lo afirma refiriéndose al deseo del otro perdido con su muerte o lo que el deudo era para él.

Summary
Death and the Object.
Javier García

The author makes a sweep over the Freud's object notions (instinct, desire, love, choice, identification), adding the concepts of the Other and the real of J. Lacan. The object is defined as something that exists and it is built at the same time. The Death concept mentioned in this text does not correspond with the Death Instinct -Treib_, but with the real death that, as a subjective experience, it is always of other person. The reference is also of the talked death, available in stories and in general culture.

The Real Death allows the author to make a difference according the Imaginary-Symbolical registers. Real of J. Lacan. He brings out the importance of the object image after the real death to bear the anguish and the pain of the loss (of the other and in the other). The dead person is nowhere (out of place or in the real), what can be seen are the remains. Usually these remains are required in order some element (memorial stone, monument, identification or others) may have a symbolical place (writing, signs, stories). The disconnection between the image, the real and the symbolical, take us to the psychosis. But all mourning when begins, has something crazy similar to psychosis but without being it.

In the text there are some vignettes as example of these phenomenon of absence rejection (pseudo-psychotics: pseudo-delusional and confuse) as well as a way of identification, all of them to relieve the pain-anguish of the absence in the real. The author also points out that the real loss is not replaceable and he states this referring to the desire of the other lost by his death or what the relative was for him.

Descriptores: MUERTE / OBJETO / DUELO /
ALUCINACIÓN /

Bibliografía

- BARANGER, W. (1980). Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós.
- BRAUNSTEIN, N. (1983). Las pulsiones y la muerte. Coloquios de la fundación 3, Méjico, Siglo XXI.
- FREUD, S. (1916). La transitoriedad. En Obras completas tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu Ed.
- _____ (1917). Duelo y melancolía. En Obras completas tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu Ed.
- _____ (1925). La negación. En Obras completas tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Ed.
- _____ (1939). Moisés y la religión monoteísta. En Obras completas tomo XXIII. Buenos Aires, Amorrortu Ed.
- GREEN, A. (1996). La metapsicología revisitada. Buenos Aires, Eudeba.
- LACAN, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Escritos I. Jacques Lacan. Méjico, Siglo XXI.
- _____ (1953). Lo real, lo imaginario, lo simbólico. Conferencia inédita.
- _____ (1959). El deseo y su interpretación. En El seminario 6, sesión del 22/04/59.
- MANNONI, O. (1989). Psicoanálisis de la muerte. En Un intenso y permanente asombro. Buenos Aires, Gedisa.
- THOMAS, L. (1991) La muerte. Buenos Aires, Paidós.